

LORENA FRANCO

TODOS  
BUSCAN

A

NORA

ROY



Lorena Franco



Todos buscan a Nora Roy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lorena Franco, 2021

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2021

Depósito legal: B. 2.024-2021

ISBN: 978-84-08-23719-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Sábado 6 de abril de 2019

—  
EVA

En el momento en que descubrí la sangre de mi compañera de piso salpicada en la pared y en el cabezal de la cama como si le hubieran volado los sesos, me prometí que nada de lo que hubiera ocurrido en esa habitación influiría en mi vida. No quería problemas y mucho menos policías merodeando por el piso heredado de mi abuela, quien, tres días antes de morir, me soltó que ese lugar era un imán para las desdichas y para la oscuridad, que anduviera con cuidado. Pero no le hice caso dada su demencia senil. Supongo que una parte inconsciente de mí se preparó para algo así, hasta yo misma me sorprendí del temple con el que limpié a conciencia la sangre, aun sabiendo que esta no desaparece del todo pese a ser imperceptible a la vista.

Pero toda decisión tiene sus consecuencias. Y esas consecuencias, tarde o temprano, te encuentran, aunque creas que eres ajena a ellas. La curiosidad siempre termina imponiéndose a la razón, sobre todo cuando la culpa trastoca tus planes. Lo que ocurrió después me impidió mirar hacia otro lado como si nada; al fin y al cabo, Charlotte, la parisina joven y perfecta que me encandiló con su marcado acento francés, llevaba solo dos semanas viviendo conmigo. Poco tiempo para cogerle cariño. Poco tiempo para sospechar que, tras esa fachada y esa extraña discreción, se escondía una persona distinta a la que parecía ser.

## TRES SEMANAS ANTES

### SOLO CHICAS

Chica de 28 años busca compañera de piso.

Habitación espaciosa

en un coqueto y luminoso piso en la plaza del Sol del  
barrio de Gracia.

Muy bien comunicado.

350 € con gastos incluidos.

¡Ven a verlo!

Semana del 11 al 17 de marzo de 2019

—  
EVA

Años dando tumbos sin estabilidad económica ni laboral, hasta que un día cualquiera del caluroso mes de septiembre de 2018 mi abuela falleció en la residencia mientras dormía, dejándome como única heredera de su cotizado piso de la plaza del Sol del barrio de Gracia, en Barcelona, y de los veinticinco mil euros de su cuenta de ahorros.

Pedí un café con leche en el Café del Sol, el bar de debajo del piso en el que me crie, ahora mío a efectos legales. Podría haberme sentado a una de las mesas de la terraza y tomar el café tranquila. Félix, el camarero, solía pararse un rato a charlar conmigo; sin embargo, me deprimía estar sola en un bar, así que, café en mano, crucé el estrecho portal que data de principios del siglo xx y subí las angostas escaleras de piedra hasta el tercer piso. El sol entraba en el salón como una diagonal de luz. Una brisa primaveral infló las ligeras cortinas. La primavera, tímidamente, por fin se dejaba ver y los geranios del balcón empezaban a florecer como si no entendieran del fallecimiento de sus propietarios. Algunas plantas mueren con ellos; las plantas de mi abuela se habían rebelado, querían vivir.

Siempre pensé que compartiría ese piso con Miguel. Hacía dos meses que lo había decorado a mi gusto con muebles de Ikea tras desprenderme de los dolorosos recuerdos que me provocaban algunas de las pertenencias de

nana, mobiliario antiguo y farragoso, pero bien valorado en mercadillos y tiendas de antigüedades. Convivir cuatro meses con sus muebles después de su muerte fue suficiente tormento. Pero la vida es así de imprevisible y la estabilidad amorosa, la única estabilidad de la que podía presumir hasta hacía un año, se fue al garete poco tiempo antes de que mi abuela falleciera. Mi abuela. Que seguía siendo el centro de todo aunque ya no estuviera. Los diez años que llevaba con Miguel desgastaron la relación. Bueno, no sé, eso dijo él, una excusa como cualquier otra. Puede que tuviera razón, pero lo que más me dolió fue su cobardía, lo poco que dijo, su mirada esquiva. Yo lo quería, pero ¿y ese cosquilleo que se supone que debemos sentir cuando vemos a la persona de la que estamos enamorados? Ese cosquilleo suele desaparecer con los años, no debería, pero ocurre, y Miguel no lo pudo soportar. A veces nos toca ser solo un momento en la vida de alguien. La vida que habíamos construido juntos, una vida que parecía tan segura, tan sólida, se desmoronó de la noche a la mañana como un castillo de naipes a merced de una ráfaga de viento.

A la semana siguiente de dejarme, Natalia, mi mejor amiga, me dijo que lo había visto con una rubia. Siempre le gustaron las rubias, aunque intentara negarlo. Me eliminó de sus redes sociales, qué barbaridad, qué niñería, pensé. Ni que me pasara las noches en vela cotilleando sus fotos o tratando de buscarle algún sentido a las frases que a veces compartía creyendo que las ponía por y para mí.

—Mira, Natalia, mira. Y lo ha compartido de manera pública para que yo lo pueda leer, como si se arrepintiera de haberme dejado y de haberme borrado en Facebook.

—A ver..., ¿qué ha puesto? —preguntó Natalia con hastío, sin interés, resoplando y poniendo los ojos en blanco, la muy maldita.

—«¿Por qué te gusta tanto si sabes que nunca vais a

poder estar juntos?» —leí. Natalia me miró de reojo y negó con la cabeza, hartita de mi neura infantil—. «Y tú, ¿para qué respiras si sabes que algún día vas a morir?» —finalicé arqueando las cejas, intentando entender por qué Miguel había compartido algo que, en ese momento, me pareció de lo más profundo. No le pegaba nada. Pensé que diez años no habían sido suficientes para conocerlo de verdad—. ¿Qué te parece?

—A ver, Eva, no es por meter el dedo en la llaga, pero fue él quien te dejó y no te ha llamado en todos estos meses. Esto no significa nada, no le busques más de cuatro patas al gato, que no las tiene —replicó sin tapujos, transparente como el agua cristalina. Una vez más, admiré su sinceridad. Natalia siempre demostraba ser una buena amiga, la mejor. No perdía el tiempo ni quería hacérmelo perder a mí dándome falsas esperanzas. Gracias a ella había sido lo suficientemente fuerte para reprimir las ganas de enviarle un wasap del que, con toda seguridad, me hubiera arrepentido al cabo de unas horas al no obtener respuesta—. Sabes lo que hay que hacer, ¿no?

—Maratón de *Friends*.

—¡No! —negó enérgica haciendo aspavientos con las manos—. ¡Salir! ¡Conocer gente, conocer chicos!

—Chicos. Ay, ni que tuviéramos dieciséis años —suspiré deseando viajar en el tiempo a aquellos días en los que no me llamaban señora ni me trataban de usted, en los que era una chica, sí, una chica, con pocas preocupaciones, con una abuela que la cuidaba como se cuidan los tesoros, con devoción.

La vida se va complicando a medida que cumples años. El paso del tiempo no perdona, avanza como si nada, sin importarle cuánto duele a veces. Los papeles se invirtieron y, al final, fui yo la que terminó cuidando de nana. La miraba a los ojos, esos ojos de color azulado que iban perdiendo

su brillo, y recordaba cada cuento que me leía por las noches en mi niñez, cada beso en la frente, cada pastel preparado con cariño, cada riña adolescente... Los años parecían haberse congelado. Y yo me esforzaba en recordar, pese a lo mucho que algunos recuerdos hieran, porque ella había perdido esa capacidad. Y solo cuando perdemos algo de manera irremediable, comprendemos lo mucho que significaba.

—Pues hombres —rio Natalia devolviéndome a la realidad—. Y deberías buscarte una compañera de piso —sugirió—. Estás muy sola y te comes demasiado la cabeza. Te iría genial.

—No sé... —dudé—. Siempre he querido vivir sola, así estoy bien.

—Trabajo deprimente, vivir sola... Ajá, muy guay todo —ironizó.

Eso me dio qué pensar.

Como de costumbre, esa mañana salí al balcón a tomar el café que había ido a buscar al bar. Me senté en la silla de mimbre en la que solía sentarse la abuela y encendí un cigarrillo. Seguía respetando su espacio como si, de un momento a otro, nana fuese a entrar por la puerta cargada con el carrito de la compra y me echara la bronca por fumar y por inundar todo de humo y mal olor. Resignada, respiré hondo con la mirada fija en la vida que desprendía la plaza. Una vida a la que hacía tiempo yo había dejado de pertenecer. Le di un último sorbo al café, aplasté el cigarrillo contra la tierra seca de una de las macetas de geranios, me retoqué un poco en el espejo del recibidor y salí pitando en dirección al tanatorio, donde trabajaba como tanatopractora. A eso se refería Natalia con «trabajo deprimente», aunque el suyo en la residencia de ancianos en la que la conocí cuando nana ingresó no era mucho mejor. Trabajos gratificantes y vocacionales, sí, pero duros. Con días difíciles. Y

tristes, muy tristes. Igual sí debía buscar una compañera de piso que me hiciera compañía durante mis sesiones maratonianas de *Friends* o de cualquier otra serie que me obsesionara.

La soledad, aunque cómoda, se me hacía un pelín insoponible.